

NEIRA Y EL MAL PERUANO: ENTRE EL TEJIDO DESPÓTICO Y LA DESNUDEZ DEL MAL

Eduardo Dargent Bocanegra*

La corrupción de nuestros políticos ha sido desde siempre un tema recurrente en el pensamiento y la conversación de los peruanos. Tenía, después de todo, una base indiscutiblemente real. Pero había algo más: servía para tranquilizar nuestras conciencias al trasladar el peso, sin duda asfixiante, de nuestra realidad social, de nosotros, los ciudadanos, a ellos, nuestros gobernantes.

El escándalo de los vladivideos y la cruda realidad que ellos retrataban vendrían a romper, con violencia, este confortable estado mental de las cosas. Ahí estaban, corrompidos, no sólo nuestros políticos, sino también – y en número igualmente considerable- nuestros empresarios, banqueros, juristas, abogados, magistrados, artistas, periodistas y demás. Ahí estaban todos negociando, mediante sobornos y chantajes, con el “asesor” todopoderoso de un régimen cuyos enormes niveles de corrupción eran un secreto a voces y al que, sin embargo, el pueblo peruano apoyó en su inmensa mayoría durante casi la integridad de los 10 años que duró.

Los vladivideos cambiaron, esperemos que para siempre, la situación. Nos mostraron el problema de fondo: nosotros, los peruanos.

Esto es lo que destapa en su último libro el reconocido intelectual peruano Hugo Neira. Y esto es lo que, a la luz de este libro y con su siempre fluida y bien versada pluma, trata Eduardo Dargent en el artículo que sigue.

“Si el país que tenemos es el resultado de la clase política, nos sentimos aliviados y cada uno busca, según su ideología o estatus o su clase social, su chivo expiatorio. Para unos, sin duda, me parece escucharlos, los apristas, Sendero, los corruptos del Fujimorismo, incluso los vídeos ayudan, la cuasi totalidad de la clase política. Para otros, las élites egoístas de siempre, las minorías autoritarias. ¿Qué pasa sin embargo si revertimos el tema? No de las esferas de la conducta política a la sociedad victimada, sino al revés. ¿Qué sociedad es ésta, la peruana, que produce estos políticos?” Hugo Neira, “El Mal Peruano”.

No sin cierta exageración, el novelista Alessandro Baricco ha sentenciado por boca de uno de sus personajes en “City”: “La honestidad intelectual es un oxímoron”. Se refiere a la vocación de ciertos intelectuales de esconder tras discursos “neutrales” y “objetivos” sus propias convicciones políticas e intereses; algo así como investigar sabiendo de antemano lo que se va a descubrir. Quien lea a Hugo Neira, más allá de que esté o no de acuerdo con él, verá que ése no es su caso.

“Hacia la tercera mitad”, el primer libro de Neira que leí¹, ofrece en sus páginas un humanismo crítico que discurre tanto por la historia y la sociología como por la literatura y la teoría política. Un libro de ensayos, con todo lo que ello significa; ese difícil balance entre la rigurosidad y la licencia creativa. También un libro de encuentros, pues contribuye a romper la especialización, y consecuente separación, de las ciencias humanas. Sus líneas están cargadas de subjetividad y opiniones bien fundamentadas.

* Abogado. Investigador de la Comisión Andina de Juristas.

¹ NEIRA, Hugo. “Hacia la tercera mitad”. Lima, Sidea, 1996.

A pesar de haber agotado sus dos primeras ediciones, ha pasado casi desapercibido y, si bien poco a poco va ganando el lugar que creo le corresponde², encontrar alguna referencia al mismo en recientes trabajos de sociología, historia o teoría política es casi imposible. No es mi propósito discutir en este artículo las razones por las que ello ha sucedido. Lo que quiero, más bien, es comentar el último libro de Hugo Neira, "El Mal Peruano"³, a fin de colaborar para que no se le castigue con la misma indiferencia. Considero que presenta muchos conceptos novedosos que merecen una suerte de "vivisección" en las facultades universitarias.

Un resumen apretado. "El Mal Peruano" se compone de seis ensayos y un epílogo. El primero, "La desnudez del mal", es una crónica de la caída del régimen fujimorista y un análisis del "mal" que nos muestran los videos. "La atroz metáfora", por su parte, plantea a la sociedad peruana como un tejido despótico, figura que ofrece luces sobre muchas de nuestras actuales tragedias. A mi gusto, el capítulo más ambicioso y polémico del libro. En "Fin de siglo y después" Neira golpea donde duele; sostiene que en la historia del Perú han pasado muchas cosas, pero casi nada ha cambiado. "Fujimori: expediente y destino" se centra en la personalidad de quien nos gobernó durante los noventa, sus contradicciones y paradojas. Plantea preguntas tales como "¿quién es este hombre, cuya personalidad básica, sin duda autoritaria, encaja tan bien en la vida peruana, no menos propensa al despotismo? ¿Qué tipo de régimen había creado? (...) ¿Qué herencia deja?" y para terminar, la más dura: "¿Por qué los peruanos adoran a sus tiranos?" El quinto ensayo trata el tema de las "Caras nuevas en la vieja política": la irrupción de nuevos actores en el debate público, una incipiente sociedad civil, crítica y desconfiada del poder. ¿Ciudadanos al fin? En el sexto, "La servidumbre voluntaria", Neira aprovecha un ensayo de Etienne de la Boétie, amigo de Montaigne, para discutir cuán culpables somos como sociedad de aceptar, e incluso desear, el autoritarismo. El amor al caudillo, buscando un inca o un padre. En fin, la resistencia a la modernidad y a la ley. Finalmente, en

el epílogo se plantean algunas reflexiones sobre la transición y el proceso electoral.

Este artículo no pretende hacer un análisis de todos los aspectos del libro. Mi intención, más bien, es presentarles una línea argumentativa sobre lo que, creo, es su tema central. Saltaré de un ensayo a otro, tomando conceptos e ideas de todos ellos para responder, desde el punto de vista de Neira, a las siguientes tres preguntas: ¿Qué vimos en los vladivideos? ¿Qué causas históricas explican lo que vimos? ¿Cómo se manifestaron estas causas en el autoritarismo de los noventa? Planteo un diálogo crítico con las ideas de Neira, una suerte de conversación que no tiene por objeto resumir el libro, sino invitarlos a que lo lean.

I. UNO: EL MAL DESNUDO

Ante todo lo visto en esa mal decorada oficina con sillones de cuerina, puede sonar ilusa la pregunta: ¿podemos sacar algo provechoso de los vladivideos? Neira cree que sí. Ellos nos han permitido visualizar el mal peruano, con la consiguiente posibilidad de aprender de lo que nos muestran.

Pero, vayamos por partes. Primero una palabra sobre lo que sucedió antes del video Kouri-Montesinos. Al inicio del ensayo "La desnudez del mal" se hace un relato de los hechos que llevaron a la caída del régimen. Como la mayoría de autores que han escrito sobre el tema⁴, Neira sitúa el principio del fin del fujimorismo en la conferencia de prensa en la que Fujimori y Montesinos anunciaron que se había desbaratado un plan de contrabando de armas a las F.A.R.C. En ese momento se quiebra la alianza del régimen con algunas agencias de los Estados Unidos que le brindaban estabilidad y apoyo⁵. Pocos días después se hace público el video Kouri-Montesinos.

Estoy de acuerdo con esta apreciación, lo que no comparto, o en todo caso, no termino de ver claro, son las razones que se dan para explicar dicho quiebre. Neira sostiene que Montesinos quiso hacer negocios

² Por ejemplo, ha sido incluido en el libro "Los 50 libros que todo peruano culto debe leer", selección de Max Hernández, Francisco Sagasti y Cristóbal Aljovín, Estudio y selección de Agenda Perú, Caretas y la Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima, 2000.

³ Neira, Hugo. El Mal Peruano. Lima, Sidea, 2001.

⁴ Ver, por ejemplo, las interpretaciones de Cotler y Grompone en COTLER, Julio y Romeo GROMPONE. "El fujimorismo: Ascenso y caída de un régimen autoritario" Lima, IEP, 2000. Asimismo, la opinión de Luis Pásara en un reciente artículo, "Una mirada hacia adentro". En: Debate, N°113.

⁵ Para explicar el apoyo de algunos sectores del gobierno de Estados Unidos a Montesinos, Neira se adhiere a quienes señalan que a inicios de la década de los noventa los Estados Unidos prefirieron que las Fuerzas Armadas recibiesen el impuesto de la droga, antes de que éste vaya a parar a los grupos subversivos que ya controlaban parte de las zonas de cultivo de coca. No se podía tolerar más inestabilidad en la región, por lo que los Estados Unidos habrían preferido ceder en el tema del narcotráfico a cambio de lograr una eficaz lucha contra la subversión. Si fuera así, cabe preguntarse a quién irá a parar este dinero del narcotráfico en la actualidad, cuando el ejército parece haberse retirado del negocio. Tal vez a los restos del terrorismo o a grupos paramilitares. El caso merece mucha atención.

por su cuenta, creyendo que tenía suficiente poder como para trabajar tras las espaldas de sus aliados en los Estados Unidos⁶. Sintiendo traicionados, le quitan su apoyo. No estaría tan seguro. Me parece poco probable que Montesinos pudiese haber pensado que ellos no se enterarían de sus tratos ilegales o que no les importaría. También merece atención la teoría, señalada por algunos periodistas de investigación, según la cual en el contrabando de armas Montesinos no era más que el ejecutor de un plan de alguna agencia de los Estados Unidos interesada en incrementar la capacidad de fuego de las F.A.R.C. Al ser descubierto el plan por otros sectores del gobierno de ese país, Montesinos cae en desgracia. A pesar de haber leído varias versiones sobre este asunto, no he encontrado una que me convenza. Tampoco tengo una versión sólida que ofrecer. En lo que todos coinciden es que la conferencia de prensa fue una suerte de salto hacia adelante de un hombre desesperado.

Regresando al tema, el vídeo Kouri-Montesinos cayó como “un meteorito sobre parque jurásico”(p. 17), pues después de él los saurios se extinguieron rápidamente. Algunos fugaron en forma secreta, otros aludiendo reuniones en el Asia, y muchos, por suerte, están siendo procesados. El vídeo ocasiona “el primer golpe de Estado comunicacional del siglo XXI, un retorno acelerado a las instituciones democráticas y al Estado de Derecho que no costó ni una vida ni un tiro, una revolución pacífica y moral, y algo más, un vasto remezón de conciencias” (p.33). Es de este remezón de conciencias que Neira va a comentar en su primer ensayo.

¿Qué vimos en los videos? Vimos la exhibición del mal, el mal desnudo. Pudimos apreciar cómo gran parte de la sociedad se vendió sin ningún rubor al poder y la magnitud de la corrupción. Muchos de los que durante diez años justificaron lo injustificable, los que defendieron por supuestas razones de conciencia o por medio de alambicados razonamientos jurídicos al régimen, quedaron al descubierto. Y no es que nos sorprendiera: ya se sabía desde hace años. Pero el escándalo, la prueba visual, creó un sentimiento generalizado de indignación, miedo y culpa. Incluso los que preferían “no ver y no saber” tuvieron que aceptarlo. “No desdeñemos el efecto psicológico de su exhibición. Exaltante, porque el narcoestado de Fujimori quedó al descubierto, deprimente por la vastedad de la red de personas e instituciones involucradas”(p.71).

Vimos, en primer lugar, caer a los poderosos. No sólo a los “pequeños” poderosos, como son los altos funcionarios del Estado o militares. También a aquellos que llenan los manuales de Ciencia Política cuando se habla de los “poderes fácticos”: millonarios y empresarios de las comunicaciones. Uno piensa que el poder da autonomía, la posibilidad de no estar sujeto a nadie; poder real y adulación me parecían términos contrapuestos. Por el contrario, esos poderosos también guardaban la misma reverencia a Montesinos que sus subordinados, necesitaban de él para que les solucionara algún problema o les otorgue un favor. “A los videos les debemos la más clara y contundente demostración de que no tenemos clase dirigente, ni asomo de la misma” (p. 71). La pregunta, entonces, es válida: “¿Y esta es nuestra burguesía nacional? ¿Los que van a hacer marchar el capitalismo en el Perú?(p.55)”

Pero no nos engañemos, el corruptor no hizo muchos esfuerzos para corromper. No era necesario. Considero que tal vez ello sea lo más duro de reconocer: quienes fueron a la oficina de Montesinos ya eran corruptos (p.68). Pienso que la tragedia está en que sólo muy pocos supieron decir no; el número de corruptos hasta el año undécimo, cuando la suciedad ya era evidente, siguió en aumento. En un país de clientes era claro dónde éstos debían acudir en busca del poder. Montesinos se sentó a esperarlos, y llegaron no por cientos, sino por miles.

Neira sugiere que esta “mafia” que rodeaba al asesor era circunstancial, informal. Grompone, por su parte, ha hablado de una “camarilla mafiosa”, formada por unos pocos⁷. A dicha camarilla no le interesaba realizar alianzas de largo plazo; su relación con las personas debía ser puntual. Fortaleza del régimen, pues no desarrolla un sistema extendido de alianzas, con lo cual no le debe favores a nadie. Sin embargo, también debilidad, al no tener una sólida base en la que sostenerse ante una eventual crisis. Proyecto inconcluso, como lo llama Grompone.

También vimos un arribismo agresivo, el deseo de ascender, de tener poder, para destruir al adversario a como diera lugar. El ejemplo de la señora Cuculiza, diciendo que a Fernando Belaunde le hubiera “encantado” que Abimael Guzmán llegara a palacio, es sugerente, tanto por su irracionalidad como por su odio ciego. El arribismo agresivo que describe Neira se conecta bien con la concepción política profunda-

⁶ Igual opinión tiene Cotler, Pásara, y, aunque con reservas, Grompone.

⁷ GROMPONE, Romeo. “El fujimorismo como proyecto inconcluso”. En: COTLER, Julio y Romeo GROMPONE. “El fujimorismo: ascenso y caída de un régimen autoritario”. Lima, IEP, 2000.

mente reaccionaria del régimen. No necesitaron de teóricos para promover el pensamiento reaccionario, aunque también los hubo, ni hicieron de él una ideología. Esa forma de pensar está en parte de la sociedad a flor de piel. La política vista como un terreno de amigos y enemigos, al más puro estilo de Carl Schmitt, nos dice Neira. Inventar y exagerar para descalificar al adversario, acusándolo de ser un enemigo del progreso, la paz o la sociedad. La crítica al Presidente o su asesor se convertía, desde las páginas de los medios comprados o periódicos basura, en traición a la patria⁸. La retórica reaccionaria se dedicó por diez años a decir que existían dos posibilidades: gobierno autoritario o violencia. Nosotros o el infierno.

Los vídeos también muestran arrogancia. Es esta arrogancia, tan presente en los actores, la que impide que yo acepte la excusa de “no podía saberlo” o “nunca imaginé” que muchos han dado. Las caras del fujimorismo, ese grupo de figuras públicas que construyó el régimen para gozar de legitimidad, fueron arrogantes en la forma en que ejercieron el poder. Paradigmático: no eran nada, eran los extras de un escenario de cartón que ocultaba a los actores principales dedicados a saquear el país, pero se comportaron como si fueran los protagonistas. Incluso intelectuales, ya sea desde la derecha o la izquierda, se prestaron como excusa para el saqueo. Es triste ver, a la distancia, cómo los discursos teóricos de Francisco Tudela, en su lucha en favor de la soberanía nacional contra los observadores electorales y las ONG, o De Trazegnies, criticando la universalidad de los derechos humanos, sirvieron a un grupo de oficiales y arribistas, que no deben haber leído ni una sola línea de un libro en su vida, como justificación intelectual de sus actos. “Un grupo de conjurados creyendo que dominaba el mundo desde la capital de una empobrecida nación en la periferia sudamericana”(p.72).

Los vídeos, además, nos muestran que en el Perú no sólo hay personas que viven lejos de ser ciudadanos. También hay quienes, en las clases privilegiadas, viven por encima de la ley. El neoliberalismo ha servido a este sector para, precisamente, no ser liberales. Se apropian de términos modernos a fin de dejar de lado la ley y no someterse al principio de igualdad, base de todo Estado liberal moderno. Ese conservadurismo encuentra en un discurso neoliberal la mejor excusa para mantener sus privilegios y que las cosas no cambien. Al fin y al cabo, es el señor de la salita

quien determina lo que es legal y lo que no lo es. Cuestión paradójica: se adhieren a una teoría del Estado mínimo, subsidiario, pero acuden al soberano a pedirle favores. Se declaran enemigos de la intervención del Estado en la economía, pero son más que mercantilistas: sus subsidios son “directos”, en bolsas de plástico o maletines según su nivel social. Se prestan, asimismo, a un estatismo de conciencias por medio de un aparato propagandístico como no habíamos conocido en el pasado. “El discurso de los protagonistas está habitado por esa hipótesis invisible, estamos autorizados por nosotros mismos, por el apellido, el estatus o la alta idea que tenemos sobre lo que somos; en consecuencia, no hay por qué esconder los procedimientos de la doble moral (...) Qué ganas tiene mucha gente del privilegio sudamericano de vivir hasta el cansancio su propia barbarie” (p.67 – 71).

¿Qué hacer, entonces, frente a este remezón colectivo de conciencias? Hay dos formas de enfrentar el problema según Neira. La primera es asumir que la culpa de todo es de la cúpula mafiosa: Fujimori, Montesinos y sus socios nos engañaron. Entonces, hay que sancionar a los culpables tanto penal como moralmente y no darle más vueltas al tema. La lobotomía mediática y la sonrisa del “chinito” nos convencieron. Demasiado fácil, demasiado falso.

La otra opción es preguntarse cuánto de culpa colectiva hubo en lo sucedido y cuánto del mal está aún presente. Cuidado. Ello no significa que la responsabilidad se diluya con un cómodo “culpables fuimos todos, nadie es culpable”. Neira no habla de impunidad. La ley penal deberá ser aplicada con todo su rigor, al fin y al cabo combatir la impunidad es una forma de aprendizaje colectivo. La culpa colectiva debe ser entendida, más bien, como una necesidad de comprender qué tipo de sociedad somos que permite que sucedan estas cosas. Buscar en nuestra historia para comprenderlo, “aunque lo que halleemos bajo tierra no sea un palacio encantado sino la galería de horrores desde donde nos mandan, nos organizan y desorganizan desde hace siglos” (p. 79).

Recién al final comprendemos el título del ensayo y la posibilidad que nos ofrecen los vídeos. Neira nos cuenta de su diálogo con un profesor judío-francés, conector del Talmud, que leyó las versiones preliminares del texto y le preguntó si conocía lo sucedido en el paraíso. Se refería al momento en que Adán y Eva,

⁸ Un estudio amplio (y aterrador) del tema lo encontramos en el capítulo “En el país de las maravillas: política y medios de comunicación”. DEGREGORI, Carlos Ivan. “La década de la antipolítica”. Lima, IEP. 2000.

tras probar el fruto del árbol del bien y del mal, se perciben desnudos. Tras ello se cubrieron. Pero, ¿cómo se cubrieron? Todo pueblo, nos dice Neira, comienza su tránsito hacia lo humano cuando descubren “la desnudez del mal”. Pero el siguiente paso es cubrirse con “ropas” que eviten que ese mal se repita. Este segundo paso no todos los pueblos logran darlo. Estas ropas, para Neira, son la ley. Estado de derecho, las podríamos llamar también. En el Perú no nos vestimos, sólo nos arropamos con un “tejido despótico”. En los vídeos hemos visto el mal, nuestra desnudez como sociedad, pero depende de nosotros cubrirnos adecuadamente. Para ello es necesario conocer las causas del mal peruano.

II. DOS: EL TEJIDO DESPÓTICO, LA SOCIEDAD JERÁRQUICA Y LA SERVIDUMBRE VOLUNTARIA

Los ensayos “La atroz metáfora”, “Fin de siglo y después” y “La servidumbre voluntaria” son un esfuerzo de Neira por encontrar las razones históricas por las que nuestra sociedad acepta, e incluso ama, los autoritarismos. Por mucho tiempo se ha analizado al Estado para comprender en qué medida es la causa de que exista una sociedad como la nuestra. Neira es claro, no es el Estado el que produce el mal sino la sociedad la que produce estados autoritarios: “primero es sociedad, cultura, y luego, instituciones y Estado” (p. 86). La clave de ello está en una sociedad que puede ser representada, usando una metáfora, como un “tejido despótico”. ¿A qué se refiere el autor cuando habla de este “tejido despótico”?

Neira inicia su discusión sobre la sociedad peruana preguntándose si la metáfora de la pirámide, usada por Octavio Paz para representar a la sociedad mexicana, puede aplicarse en nuestro país. La pirámide es la representación de la burocracia que gobierna el Estado mexicano, pero no desde siempre, sino desde la concentración del poder en el Presidente en el siglo XIX. Un presidencialismo fuerte, que se sitúa en la cúspide de la pirámide, permite la integración y estructura la sociedad de arriba hacia abajo. En México hubo un quiebre histórico que permitió el surgimiento de un Estado, de una conciencia nacional y de una burguesía sólida. En nuestro país nada de ello sucedió.

Si la pirámide no corresponde al Perú, ¿qué figura podemos encontrar que sí permita describir su organización social? Neira señala que nuestra sociedad se estructura en base a relaciones que “no privilegian un punto social elevado, sino diversas líneas” (p.97). Una organización que puede ser rastreada desde las cultu-

ras prehispánicas, de pares opuestos (hurin-hanan), de grupos que se unen. El individuo por si solo no existe, sólo existe si es parte de un estamento. No hay pirámide, lo que hay es un inmenso tejido de relaciones entre estamentos, aunque claro, con jerarquías. Así era en el incanato. En el fondo, la conquista fue más de lo mismo, pues se suman a estas redes originales las de una sociedad también jerárquica y estamental como la española. Tejidos despóticos entrelazados. “Este doble tramado que ahoga y cubre, preserva e impide, es el Perú” (p.99). Redes económicas, religiosas y políticas se establecieron y, aunque se produjo un temprano fenómeno de mestizaje, la sociedad siguió siendo ordenada de acuerdo a jerarquías. La llegada de la independencia trae un “liberalismo formal”, pero el tejido se adaptó y siguió funcionando de acuerdo a sus principios de organización (p.105). Se habló de ciudadanos en las constituciones, pero las personas siguieron siendo partes de algo, siempre en relación o vinculados con, no individuos. Un “complejo tejido de grupos, culturas, tradiciones y conglomerado de gentes diversas” (p.108).

La independencia cambió muy poco este estado de cosas. La legitimidad de la independencia no fue consensual: por votación no se hubiese dado. Fue, mas bien, una legitimidad basada en las armas. Adoptar la República como forma de gobierno es más una consecuencia de la fatalidad de la historia europea antes que una opción propia. Sería extenso describir cómo señala Neira que funciona esta sociedad; sólo indicaré que considera que se basa en conflictos y transacciones entre élites que, a su vez, tienen redes de clientes que las apoyan. Enfrentamiento y transacción entre grupos como sistema en el que se funda una sociedad centrada en el todo social y no en el individuo. En resumen, una sociedad holística: grupos separados, pero vinculados por principios jerárquicos.

He señalado que esta idea del tejido despótico me parece la más sugerente y, a la vez, la más polémica del libro. Sugerente pues describe una percepción global de la sociedad peruana que explica bien fenómenos que nos han acompañado durante toda nuestra historia. Polémica, pues requerirá de la crítica cuidadosa de los especialistas para determinar si la metáfora se adecúa a la historia del Perú. No soy un especialista, así que dejaré este debate para otros. Sí señalaré que no me termina de quedar claro si este supuesto tejido despótico es sólo propio del Perú o si puede ser una metáfora que describa toda sociedad holística, ya sea aquí, en África o en cualquier lugar del mundo. Todas estas sociedades se pueden describir como centradas en estamentos antes que en individuos. No

avanzo más, no tengo el conocimiento para hacerlo. En todo caso, sí me adscribo a la consecuencia señalada por Neira: la sociedad peruana es holística. Aunque ya existen resquebrajaduras, todavía no somos una comunidad de individuos.

Como bien señala el autor, la igualdad, concepto central del Estado moderno, no puede existir en una sociedad jerárquica basada en asociaciones antes que en individuos que sean responsables. Las formas democráticas existen, pero la sociedad funciona según códigos que poco tienen que hacer con estas formas. El poder, entonces, sigue estando personalizado; personas, no instituciones. "En la sociedad de este tipo – antiguo régimen o sociedad con predominancia holística de nuestros días-, el poder no puede ser abstracto, y menos ser sustituido con algo tan impersonal como la ley. El poder es relación, vínculos concretos. Se entiende la importancia del válido, con los reyes y virreyes, con los caudillos. Y su versión moderna, el Asesor (p.116-117)". El resultado de todo ello es el rechazo a la modernidad.

Neira se pregunta si es necesario quebrar este tejido. Al fin y al cabo, nos ha permitido sobrevivir como comunidad desde hace casi dos siglos y seguir adelante dentro de nuestra quietud. Su repuesta es clara: si aspiramos al desarrollo, a una sociedad consumista, con mayores niveles de vida, el cambio es necesario. Las sociedades como la nuestra, sin quiebres y movimiento, no pueden acceder a la modernidad. El Perú, para Neira, es un país en el que han pasado muchas cosas (Velasco, Sendero, dictaduras), pero no han habido cambios profundos en la sociedad. Y ello nos lleva al último de los conceptos de Neira relacionados con nuestro pasado para explicar nuestro presente: la servidumbre voluntaria.

En una sociedad jerárquica y holística, en la que el poder tiene que ser visible, y en la que no existen responsabilidades individuales, el pueblo se identifica con quien lo gobierna. "La tiranía es vista como un bien en sí misma pues los libra de la libertad percibida como el mayor de los males" (p.209). Ésta es pues la consecuencia del tejido despótico: una sociedad que se somete voluntariamente a los líderes que ofrecen cargar con la responsabilidad del gobierno. El último ejemplo de ello fue el fujimorismo. Aunque con particularidades, se inscribe dentro de este amor a la servidumbre voluntaria de los peruanos.

III. TRES: ¡QUEREMOS TANTO AL CHINO!

Neira, siguiendo a Hannah Arendt, sostiene que el fujimorismo se construyó sobre una sociedad sin clases, cortada por la anomia y desentendida de la política. Los ochenta fueron muy duros para los peruanos, entre la violencia y la crisis económica, dejando el terreno fértil para un autoritarismo de rasgos "eficientistas" de los noventa. Un autoritarismo que surge como oposición a la verborrea del decenio anterior y a la política "tradicional". La década de la antipolítica, como la ha llamado Degregori⁹.

Utilizando otra metáfora, Neira nos dice que el Fujimorismo fue una doble simbiosis, una doble alianza de conveniencias. No sólo alianza simbiótica con las clases altas, cosa vieja en el Perú. También desarrolló esta simbiosis hacia las clases bajas, y esto es lo novedoso. No era populismo, faltaba la pasión al líder y la movilización de masas, pero tuvo mucho de clientelismo. La simbiosis se hizo con masas que habían cambiado, ya no analfabetas como antaño, sino alfabetas (aunque su educación siga siendo paupérrima). Citando a Tanaka y a Murakami, Neira muestra que los sectores populares desarrollan una relación con el Estado pragmática, "no hay pasión ni amor popular, hay cálculo".

Creo que tanto quienes sostienen que El Pueblo (así, con mayúsculas) se sublevó "masivamente" contra la dictadura o que éste no lo hizo porque se encontraba engañado por los medios de comunicación o chantajeado por el apoyo social, deben revisar estas líneas para ver cuán compleja era en realidad la situación. Algo de eso hubo, incluso en los últimos años sí me parece correcto hablar de mecanismos de chantaje, pero me parece claro que durante la década hubo más de costo/beneficio de lo que muchos quieren reconocer. El autoritarismo era eficiente para los intereses de esas masas, incluso les era simpático. Ya Grompone, en su ensayo de estudio del fujimorismo, ha señalado los límites y el simplismo de la teoría del chantaje estatal. Hubo liderazgos nuevos que vieron en el régimen una forma legítima de reconocimiento y de ascender por fuera de las cúpulas de las organizaciones de los ochenta. Muchas de estas cúpulas también se acercaron al poder. Era lógico.

Ahora, el fujimorismo fue un régimen pensado en plazos cortos, en el día a día, improvisado. No tenía ideología, ni vendía ninguna, más allá de un discurso

⁹ DEGREGORI, Carlos Ivan. Op. Cit.

reaccionario bastante básico, lo cual le permitía cambiar de forma de acuerdo a su necesidad. Cuando necesitó alianzas en las bases para lograr la reelección, creó la red de "Vamos Vecino". Pero, logrado su objetivo, la comenzó a dismantelar, pues podía competir por el poder, como pudo verse en las acciones tomadas contra el grupo de Absalón Vásquez en los primeros días del nuevo periodo presidencial. En los vídeos vemos claramente que los objetivos eran de plazos cortos y las personas que rodeaban a Montesinos trabajaban "bajo contrato". Primero la reelección, después ya se verá. El objetivo final de Montesinos, sin embargo, sí era quedarse en el poder por mucho tiempo. El rostro del líder era lo de menos.

Neira le asigna dos características al régimen. En primer lugar, su discurso se centra en una demanda social de desarrollo "compulsivo y conservador, donde el propósito de orden y riqueza se impone a consideraciones de libertad, equidad o derechos humanos" (p.170). A gran parte de la sociedad peruana no le interesó la ilegalidad del régimen ni el quiebre de las formas democráticas. A unos, los de abajo, pues no eran ciudadanos y sentían que esas cuestiones les afectaban poco. A los otros, los de arriba, pues estaban por encima de la ciudadanía, y esos asuntos tampoco les interesaban. Eran cuestiones secundarias. El fujimorismo utilizó el mito, compartido por todos los niveles sociales, de que al buen presidente hay que dejarlo trabajar sin ponerle límites. Así ganó legitimidad y se libró del corsé de la ley. Creencia vieja ésta, la de la mano dura para el desarrollo. "El desarrollo autoritario fundado en las ventajas de la heterogeneidad social y en la tradición de arbitrariedad y de capricho del gobernante"(p. 171). Como si no hubiésemos tenido de eso hasta el hartazgo.

El segundo rasgo es su carácter corrupto. Una cleptocracia. Aunque es lo normal, no siempre las dictaduras tienen que ser corruptas. Nuestro autoritarismo sí lo fue, a escala gigantesca. Porque no sólo hay que contar lo que robaron, sino que todo el Estado se estructuró para robar más y las decisiones se tomaron con ese objetivo. Creo que fue Max Hernandez quien señaló en una entrevista televisiva que el régimen hizo compatible el desarrollo de instituciones eficientes y honestas con la corrupción de alto nivel. Por ejemplo, modernizar la SUNAT a fin de poder obtener más recursos para la cúpula. Es claro que no podían dejar el poder. No porque considerasen que tenían la receta para salvar al país del subdesarrollo, sino por el deseo de esconder la corrupción. El fin era el poder por el poder, tanto por miedo como por ambición. Su caída nos dejará la duda de en qué habría terminado todo ello.

Poder episódico, pero no por ello menos peligroso para nuestro futuro. Neira advierte sobre sus peligros. "El fujimorismo ha probado con qué facilidad un gobierno que se sustituye a la democracia puede ligar "masas" y "elites", sin caer en las retóricas ni de los caudillos ni de los fascismos históricos"(p.174). Asimismo, "(...)los componentes que lo constituyeron no se han disgregado en la sociedad peruana: el presidencialismo sin límites institucionales, la necesidad de un caudillo, la indiferencia de los anexados desde abajo al poder, a la lucha por el poder mismo"(p.168). Por ello la necesidad de pensarlo, debatirlo, ir más allá de la denuncia y los necesarios ajustes de cuentas.

IV. CONCLUSIÓN

Quedan temas pendientes en el libro: la sociedad civil, la personalidad de Fujimori, los candidatos del 2001. Todos muy sugerentes, pero no los trataré. He intentado seguir una línea que creo el libro plantea. Como es evidente, estoy de acuerdo con el valor de la propuesta teórica de Neira y comparto su invitación a procesar lo sucedido con una fuerte dosis de autocrítica.

Es importante aclarar que Neira no es fatalista frente a las causas históricas que nos presenta. Por el contrario, su libro es precisamente un esfuerzo por asumir el tipo de sociedad que somos para poder cambiar. En su último ensayo señala que el "tejido despótico" puede ser transformado en un "tejido convivial", incluso en sociedades como la nuestra, en las que los particularismos serán un tema adicional del ingreso a la modernidad. La democracia, o la subordinación a la ley, no es posible si no se concibe como un proceso de quiebre con el pasado y la tradición y, para ello, hay que conocerlos. "Sólo si asumimos esa condición, dejando de lado mitos y creencias que nos habitan, podremos comprender en dónde y cómo se genera "la servidumbre voluntaria" y de qué manera, operativa y lúcida, a través del enfrentamiento a tradiciones nefastas, podremos entrar en democracia, entendida como ruptura y no como continuidad de las formas culturales que hasta ahora la han impedido, en las que no hay que inscribir únicamente la pobreza económica sino agregar los comportamientos" (p. 214-215). En resumen, el contrato social nacido de los ciudadanos, individuos que, aunque diferentes, sean capaces de establecer normas de convivencia que permitan prevenir los excesos de las sociedades jerárquicas.

El autor también es consciente de que los beneficios de la modernidad se pagan. Considera que el quiebre de los particularismos y los vínculos colectivos lleva

a un mundo de individuos solitarios que puede ser duro para muchos que preferirían la responsabilidad compartida. Debate éste que ha sido el centro de la teoría política desde hace más de dos décadas.

Pienso que lo que Neira intenta con su libro es motivar la reflexión para que, como ciudadanos, optemos por dejar de vivir en lo que ha llamado una "transición interminable"¹⁰. Con las distancias del caso, un proceso similar al que estamos pasando siguió Alemania tras el nazismo. Se podía dejar el problema en Nuremberg con algunos responsables ejecutados, o discutir qué había pasado en la sociedad alemana para permitir el surgimiento del mal absoluto; la industrialización del asesinato. Hannah Arendt, en "Los orígenes del Totalitarismo", señala que es falso que la población alemana desconociese lo que sucedía con los judíos o que la propaganda hubiese lavado el cerebro de los ciudadanos impidiéndoles percatarse de estos crímenes. "Es completamente obvio que el apoyo de las masas al totalitarismo no procede ni de la ignorancia ni del lavado de cerebro"¹¹.

Algo similar pasó en el Perú. El fujimorismo no llegó ni remotamente a ser un totalitarismo, pero sí un evidente autoritarismo con crímenes espantosos como el de Barrios Altos o el desmembramiento de Mariela Barreto, o injusticias como la de los magistrados del Tribunal Constitucional o la expropiación de su canal a Baruch Ivcher. Nuestro autoritarismo permitió, sin embargo, que los medios de oposición publicasen sus denuncias y, si bien copó la televisión, hubo programas durante la década en los que se criticó duramente al régimen. Asimismo, pudimos votar y expresarnos. Algunos sostienen que ésta es la principal fortaleza del régimen: era un aparato policial "disfrazado" de democrático. Sin duda lo era, pero caemos en un error al creer en esta teoría de la conspiración perfecta. El aparato policial no partía sólo del engaño, sino de la confianza que les daba que a la población no le interesasen las denuncias de excesos. Al parecer Montesinos conocía bien en la práctica esto de la "servidumbre voluntaria".

A pesar de todo lo sucedido y el desprestigio del fujimorismo, considero que la mayoría de los peruanos todavía guardan el recuerdo del golpe del 5 de abril del 92 como una medida efectiva para superar la crisis que se vivía. Por ello, no creo que nada nos asegure que en el futuro este precedente autoritario no pueda ser invocado por un nuevo caudillo adecuado a su tiempo. Es por esta razón que considero importante promover entre la ciudadanía una actitud vigilante de los actos del gobierno. Asimismo, este reclamo debe ir dirigido a los representantes políticos para que demuestren, con una actitud madura, que la democracia puede ser fuente de una real y efectiva gobernabilidad. Revisar el pasado no servirá de nada si no va acompañado de gestos claros en la política cotidiana: castigar la corrupción, dar transparencia a los actos de gobierno, crear una administración pública profesional, por ejemplo.

Hay algunas razones para ser optimistas. Los que protestaron contra el régimen no fueron pocos. Considero positivo que, a diferencia de otros intentos de transición, en esta ocasión una de las reivindicaciones principales haya sido el respeto de los derechos civiles y políticos¹². Tal vez el activismo de la sociedad civil sea el inicio de un proceso sostenido de construcción de ciudadanía y del Estado de derecho, aunque no hay que exagerar en su fuerza actual.

En resumen, un libro que merece un estudio muy cuidadoso por sus sugerentes hipótesis y conceptos. Creo que Neira suscribiría sin problema la siguiente frase de Habermas, referida a la necesidad de cuestionar la tradición que dio lugar al holocausto en Alemania: "Es cierto que no podemos buscarnos nuestras propias tradiciones, pero sí que debemos saber que está en nuestras manos el decidir cómo podemos proseguirlas. (...) Pues toda prosecución de la tradición es selectiva, y es precisamente esta selectividad la que ha de pasar hoy a través del filtro de la crítica, de una apropiación consciente de la propia historia o, si usted quiere, por el filtro de la "conciencia del pecado"¹³. En nuestro caso, de la conciencia del "Mal Peruano".

¹⁰ NEIRA, Hugo. "Hacia la tercera Mitad". En el ensayo "Caudillismo. Los señores del Desorden". Lima, Sidea, 1996. p. 337.

¹¹ ARENDT, Hannah. "Los Orígenes del Totalitarismo Número 3". Madrid, Alianza Editorial, 1986. p.458.

¹² Comparto la idea de Degregori sobre las diferencias entre esta transición y la de 1978 "Porque durante la primera transición, los grandes movimientos sociales que contribuyeron a arrinconar a la dictadura militar enarbolaban principalmente reclamos económicos. La democracia no estaba en un lugar central de su agenda. Esta vez, por el contrario, las multitudes que en las calles hirieron de muerte al régimen entre marzo y setiembre si bien no olvidan reclamos por empleo y descentralización, tienen un inédito contenido ciudadano: exige el respeto al voto, la independencia de poderes, el fortalecimiento de instituciones, la refundación de un sistema de partidos y sobre todo ética, honestidad de los gobernantes. Una nueva oportunidad, quien sabe la última, se abre hoy para el país. Nos espera un largo aprendizaje de la limpieza, la ciudadanía y la equidad". DEGREGORI, Carlos Ivan. Op, cit. p. 353.

¹³ HABERMAS, Jürgen. "Identidades nacionales y post nacionales". Madrid, Tecnos, 1989. p.121.